



FOTO: Infobae

EL PODER Y LA RAÍZ QUE NO SE ARRANCA: UN RECLAMO DESDE EL ALMA DE COLOMBIA

En el silencio que pesa como una losa sobre los corredores del poder, se ha consumado un acto tan sutil como doloroso: **la remoción de liderazgos étnicos del gabinete nacional**. Lo que a primera vista podría parecer un mero ajuste administrativo, una cuestión técnica de balances y cuotas, revela en verdad una herida profunda en el cuerpo político de nuestra nación. **Una herida que duele porque sangra en lo más hondo de nuestra identidad colectiva.**

No escribo desde la frialdad de la teoría política, ni desde la distancia de un escritorio alejado de las voces de la tierra; **lo hago desde la memoria viva de un país que sabe, en el temblor de sus raíces y en el susurro de sus ancestros, que la**

tierra no es una sola y que sus hijos no caben en una única silla, ni en un solo relato oficial.

Expulsar a quienes encarnan la voz ancestral no es un error administrativo; es un acto simbólico de desalojo; la voluntad de arrancar la raíz para que crezca un árbol sin sombra ni fruto. Es olvidar, en la ceguera del poder, que Colombia es mucho más que un conjunto de territorios urbanizados y burocráticos; es un mosaico vibrante de pueblos originarios, afrodescendientes, campesinos, que han resistido con paciencia, han amado con fuerza, han vivido con dignidad desde la tierra, el agua, el canto, la palabra y la memoria.



FOTO: Diario Caribe

El poder, cuando se aísla en sí mismo, se convierte en un espejo roto que no refleja su propia riqueza ni sus contradicciones. **Se vuelve un cuerpo sin alma, incapaz de comprender que gobernar no es imponer, sino cuidar. No es cerrar puertas tras de sí, sino abrir espacios para la pluralidad.** No es un monólogo de privilegios, sino un coro en el que todas las voces tienen lugar, especialmente aquellas que históricamente han sido relegadas al silencio.

La representación étnica no es un ornamento ni un complemento. **No es una cuota para ser cumplida en el calendario de lo políticamente correcto. Es la expresión viva de la pluralidad cultural, histórica y espiritual que define a nuestra nación. Es la afirmación de que somos muchas Colombia en una sola.** Y esa diversidad merece ser no solo escuchada, sino respetada, valorada y empoderada.

Cuando quienes hablan por los pueblos indígenas y afrodescendientes son retirados del gabinete nacional, lo que se desplaza no es solo a

individuos, sino a símbolos y legados. Se retiran las manos que han tejido desde siglos las redes invisibles de resistencia y sabiduría. Se apartan las voces que recuerdan, que alertan, que proponen una visión del país más justa y profunda, anclada en la verdad de sus pueblos.

Este desalojo simbólico es también una manifestación de un Estado que todavía no se ha reconciliado con su propia historia. Un Estado que teme mirar de frente el racismo estructural, la desigualdad persistente, y la deuda histórica con millones que han sido excluidos, invisibilizados y violentados. **Un Estado que prefiere gobernar desde el centro, con la mirada fija en la estabilidad política y el cálculo electoral, antes que en la justicia social y el reconocimiento pleno de la diversidad.**

Nosotras, las mujeres que habitamos este país hendido, sabemos bien lo que significa quedarse sin silla y sin tierra. Sabemos lo que es la resistencia cotidiana, el desgaste de la exclusión, y la lucha interminable por ser vistas y reconocidas.

